

poemas como *Paño de lágrimas*, *Parjotas* y *Poema de invierno* permiten, digamos, que nazcan *Antepasados* y *Pompas fúnebres*. Es decir, en el caso de Jotamario la apropiación de lo inmediato (lo evidente) representa una madurez poética en la que la sintonía con Vallejo ha sido fructífera.

En este sentido, la lección de este profeta en su casa de palabras podría resumirse como la ida y vuelta en torno al verbo. No fue necesario *salir* literalmente. Bastó con observar y volverse más agudo respecto al valor (a la inflación inicial) de los vocablos.

Jotamario volvió al hogar, dulce hogar, de la poesía sin haber abandonado la morada. La transacción con el viaje imaginario se dio por obra de un agente más sencillo y especializado: el vacío o el silencio de la muerte, con todos sus nombres.

EDGAR O'HARA

## Revistas: propuestas y respuestas

Revista Casa Silva

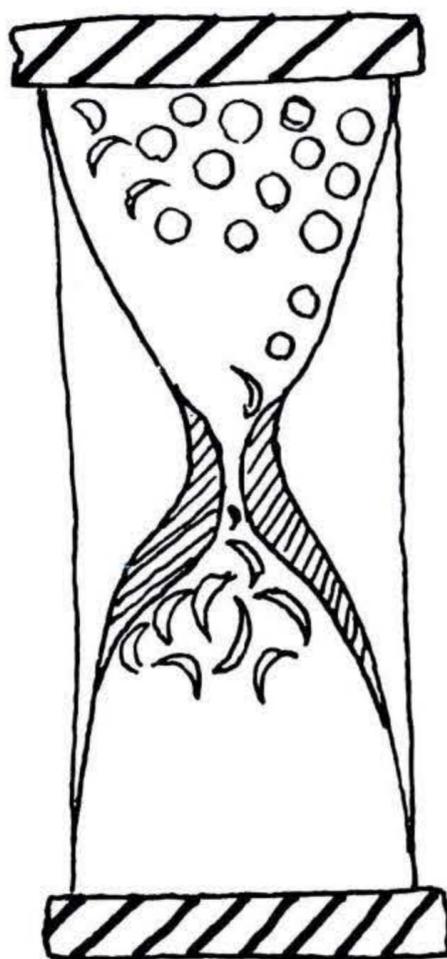
Núm. 1 (enero de 1988), Bogotá

*Gradiva*

Núms. 1-5 (mayo de 1986-febrero de 1988), Bogotá

¿Cómo hablar de una revista? ¿Desde dónde y dentro de qué parámetros? Las preguntas parten de la naturaleza misma del objeto que nos sale al encuentro: esa publicación periódica que si por una parte se asigna un ámbito específico (el de la economía, el del arte o el de la política), por otra incorpora abundante material de diversa índole; su lectura es el enfrentamiento con una imagen panorámica o, mejor, con un mosaico. Entre las alternativas que se presentan a fin de pronunciarse con respecto a una revista, está la de considerarla dentro del contexto de su especialidad; así las

cosas, *Gradiva*, dirigida por Santiago Mutis D., y *Revista Casa Silva*, a cargo de María Mercedes Carranza, podrían inscribirse en el ámbito de las revistas literarias, y ser exploradas a la luz de las que se publican, por ejemplo, acá en Colombia. Si bien esta perspectiva respeta el espacio que ellas mismas se adjudican, se corre el riesgo de caer en un discurso comparativo basado en el "qué hay en esta revista que no haya en aquellas" y viceversa, formulándose demandas que tal vez no coincidan con las pautas que guían a cada una de estas publicaciones.

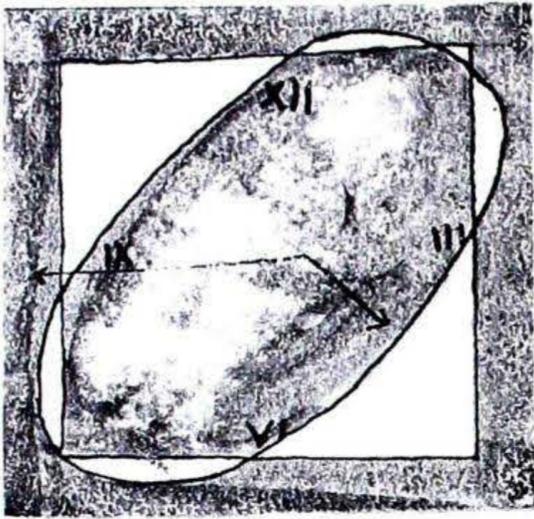


Otra de las alternativas para responder al cómo, desde dónde y según qué contexto abordar una revista, es precisamente colocándonos en esas pautas rectoras: situándonos en las líneas que dibujan *Gradiva* y *Revista Casa Silva* para seguir los hilos que orientan sus contenidos y conforman sus propuestas. De allí surgirá la respuesta a la lectura: la medida en que cada una de estas revistas satisfaga o no las expectativas que ha creado. Pero hay más. El hecho de que una y otra se hallen en manos de la misma lectora, lleva inevitablemente a la conversación entre tres interlocutoras, conversación a la que tras cada página se van incorporando nuevas voces provenientes de distintos ángu-

los hasta crear una amplia red tejida por variados discursos críticos y manifestaciones artísticas. De esta tertulia nacen ideas que se anotan, que se acercan entre sí o se distancian sobre el papel.

Porque en este diálogo entre las dos publicaciones, dados los objetivos que persiguen y el espacio de donde surgen, existen terrenos comunes y territorios privados. *Revista Casa Silva* es hija del lugar donde viviera José Asunción durante los diez últimos años de su vida (1886-1896); construcción de tiempos coloniales que fue resucitada por la Corporación Barrio la Candelaria (alcaldía mayor de Bogotá), a los noventa años del suicidio del poeta, y que se orienta hacia la práctica y divulgación de la poesía a través de talleres, conferencias y los servicios de consulta en su biblioteca y fonoteca. La poesía es el eje y, como tal, *Revista Casa Silva* se presenta como una muestra de las actividades realizadas en la casa de la calle 14 con carrera cuarta. *Gradiva*, entre tanto, se sostiene en la ilusión óptica del protagonista de la novela de W. Jensen: en la silueta de mujer del relieve pompeyano, que es como decir que se sostiene sobre las posibilidades de transformación estética que se abrieron en los primeros decenios de este siglo.

Sería desproporcionado afirmar que en estas revistas se plasma *la estética* de estos últimos años: ya se mencionó la forma en que se parcela un campo para fijar el objeto, a lo que cabría agregar la orientación que cada uno de sus directores impone a la publicación. (Es sobre todo en *Gradiva* donde se advierte este sello personal: allí se "lee" al Santiago Mutis que se nutre tanto de la literatura como de las artes visuales, artes que sirvieron de base a su libro de ensayos *El visitante*). No obstante, considero válido plantear que en ambas revistas cobran relieve las preocupaciones del arte y la crítica actuales, así como los paradigmas a partir de los cuales uno y otro se estructuran en Colombia y otros países. Paradigmas que, en cada una de estas dimensiones, pueden ser generadores de una rica dinámica creativa o, por el contrario, de lugares comunes.



En la medida que Revista Casa Silva es el resultado de las actividades realizadas en la sede a lo largo de año y medio, sus contenidos tienen carácter de selección e incluye textos leídos por conferencistas y poetas que presentan allí sus publicaciones recientes. En este sentido, y siguiendo el hilo esencial de las revistas literarias, se intenta, más que dar a conocer una obra completa, introducir al lector (oyente) a nuevas obras de poetas reconocidos (Giovanni Quessep, Darío Jaramillo A., Fernando Charry Lara, entre otros) y a textos menos difundidos en Colombia (como en el caso de la inclusión de los poetas venezolanos Elí Galindo, Luis García Morales, Gabriel Jiménez Emán). Aunque el interés de la Casa Silva se extiende hacia la poesía mundial, la muestra que presenta la revista se concentra en las letras colombianas: se le abona la presencia de poetas jóvenes que empiezan a publicar, como Carlos Bayona, Gonzalo Mallarino, Jaime Villa y Medardo Arias, el último de los cuales fue el ganador del premio nacional de poesía Universidad de Antioquia (1987), con *Luces de navegación*.

Los ensayos compendiados en Revista Casa Silva son el punto de partida para establecer el diálogo entre las dos revistas y explorar nuestros paradigmas culturales y literarios. Sólo hay que llegar a la página quince para hallar el primer eslabón: "La poesía en *Cien años de soledad*" de Arturo Guerrero. García Márquez y su obra son un punto de referencia necesario para abordar la literatura colombiana y universal y ha sido evidente el viraje estético que supone su aparición en la historia literaria. Ello hace que sea

cada vez más difícil aludir a él y aportar algo que él mismo u otros no hayan dicho; de hecho, el trabajo de A. Guerrero se construye sobre entrevistas concedidas por el autor desde los años cincuenta. Por supuesto que de Homero, Dante y Cervantes se seguirá hablando, y que sobre la odisea de Don Quijote se escribirá mientras pervivan las nociones de infierno y paraíso; sin embargo, si los escritores colombianos "post-García Márquez" buscan insistentemente una voz propia que los defina, ¿no deben también los críticos distanciarse de un discurso que amenaza con durar cien años?

Siguiendo eslabones y luego de una mención de aquellos tiempos en que el mundo era tan nuevo "que muchas cosas carecían de nombre" (esta vez con relación a Eduardo Zalamea en un ensayo —con vuelo y coherencia— de Eduardo Jaramillo Z., R.C.S., 32) y de la referencia al nuevo realismo de *El amor en los tiempos del cólera* (G., núms. 2, 2), se encuentra otro espacio significativo para García Márquez; y esta vez retomando su observación acerca de la necesidad de forjarnos una tradición crítica y literaria seria. La afirmación es el eje del texto de Francisco Sánchez Jiménez, quien, con miras a superar esta anemia crítica, estructura una sólida revisión de la narrativa colombiana: en "Críticas y ficciones" (G. núm. 2, 51-61), señala el valor de esas voces propias que se consolidan como nuevas alternativas estéticas en las obras de Rojas Herazo, Germán Espinosa y Moreno Durán.

Y con este último nombre llegamos a otro autor que se inscribe cada vez más con paradigma de las letras colombianas; tal situación se evidencia en la regularidad con que se edita su producción literaria, así como en la aparición de sus ensayos (uno sobre J. A. Silva, R.C.S.) y de fragmentos de sus obras (de *Metropolitanas* en la primera Gradiva), en los medios periódicos de divulgación. También es el caso de Alvaro Mutis, quien continúa enriqueciendo nuestro bagaje con nuevas obras (*La mansión de Araucama*, *La nieve del almirante*, *Ilona llega con la lluvia*), cuando paralelamente se compendia

su obra anterior, y sus planteamientos en torno a la literatura se integran a la tradición. Con estos antecedentes, el ser convocado insistentemente por Gradiva se torna redundante: poemas, su prólogo a la obra de L. Zeller y tres notas sobre sus últimos libros, así lo confirman. Claro está que el lector de Gradiva podría preguntar el porqué no extender esta apreciación al poeta y realizador de *collages* Ludwig Zeller, cuya obra invade la revista; este asunto lo retomaré al seguir más adelante los pasos de Gradiva.

Antes, me interesa continuar en el campo de las letras colombianas y en aquellos aspectos que se mantienen vigentes en su tradición y presentes en ambas publicaciones. Se trata de la revista Mito y del nadaísmo: dos hitos que marcan la historia literaria del país. La actualidad de quienes colaboraron en la revista radica no sólo en que algunos de ellos continúan en su actividad literaria, sino en el hecho, y aquí sigo a Darío Jaramillo A., de que Mito sea el lugar donde se cancela la estética modernista ("Poetas nacidos en los veintes", R.C.S.). Y de aquellos colaboradores que en un principio siguieron los lineamientos carrancianos: (Pedro Cote, "La revista Mito", R.C.S.), pasamos a los que, entre otras instancias y personas, emprendieron contra Carranza: los nadaístas. Fundadores o destructores, iconoclastas o místicos, se persiste en evocar este espacio de escándalo; para la muestra, los textos de Eduardo Escobar y Jotamario en Revista Casa Silva.

Tras el orden en que nos instalamos, está la nostalgia de la libertad creadora que se desencadena desde las últimas décadas del siglo pasado y se concentra en las vanguardias, a las que se adscriben muchas de las tendencias artísticas contemporáneas. Esta oscilación entre el orden y el delirio, la metaforizan en Gradiva las presencias de la mesura y contención del excelente poeta libanés Georges Shehade, lúcidamente colocado al lado de Quessep (G. núm. 2), departiendo con el exceso o la oscuridad de Ludwig Zeller y Rimbaud.

El mito del poeta iluminado o el visionario, o el profeta hechizado, pervive. En *Gradiva* y *Revista Casa Silva*, se filtra la atracción que ejercen creadores como Silva y Barba-Jacob (cfr. C.S.), o los espíritus simbolistas, surrealistas y vanguardistas que campean en la revista de S. Mutis, tanto en el material literario como en el gráfico (Leonora Carrington, Alberto Blanco, Peter Milton); por ello, sorprende que en esta última se incluyan los *Escolios* de Nicolás Gómez Dávila, dos de los cuales son suficientes para ilustrar dicha incoherencia: "El 'arte moderno' parece aun vivo porque no ha sido reemplazado, no porque no haya muerto"/ "Marxismo y psicoanálisis han sido los dos cepos de la inteligencia moderna" (G., núm. 1).

Dentro del mapa en que se mueve *Gradiva*, quien visita a Francia (Mallarmé, Verlaine, Rimbaud), a Cuba (textos de Eliseo Diego y Cintio Vitier), a México (donde convergen L. Carrington, Remedios Varo y llega Artaud) y a Colombia (escritos y entrevistas de/a nuestros autores), hay un desvío esencial hacia Canadá, donde vive el chileno Ludwig Zeller. La obra de este artista es el paradigma de esa corriente que aún fluye por las vertientes de la libre asociación y el sueño, y a la vez, de la estética que predomina en *Gradiva*. En esta medida, su constante presencia es el eje de la estructuración orgánica de una revista donde quedan pocos cabos sueltos, así como la aparición de una figura desconocida en Colombia.

Y las respuestas finales a las propuestas planteadas: el estímulo a la reaparición, en *Gradiva*, de textos de la belleza y calidad de aquellos escritos por Julio Olaciregui, Ricardo Cano G. y Eduardo García Aguilar. Y en *Revista Casa Silva*: incluir en esta edición de lujo muestras que informen sobre el material valioso que alberga la Casa de Poesía, ya no directamente relacionado con las tertulias, como son las hermosas fotografías de poetas colombianos que conforman su galería. Por otra parte, sería interesante abordar el material que resulta de los talleres e idear un índice onomástico que dé cuenta de los autores cuyas obras y grabaciones integran su biblioteca y fonoteca.

ALICIA FAJARDO M.

## Dios como invención del hombre y la lectura anagógica de lo ficticio

¿Agoniza Dios? La problemática de Dios en la novela latinoamericana

Autores varios

Documentos Celam, núm. 98, Bogotá, 1988, 375 págs.

Encontramos con frecuencia, sobre todo en las obras de Jean Paul, Hegel, Nietzsche y otros escritores, expresiones como "Dios ha muerto", que son síntomas de lo que la sociología ha caracterizado como "la secularización de la cultura". Afirma Rafael Gutiérrez Girardot en un ensayo reciente, (*Modernismo, supuestos históricos y culturales*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica/Universidad Externado de Colombia, 1987), que la secularización, o desmiraculización, es un fenómeno típico en la cultura occidental, incluyendo a América Latina, que se inicia con la Ilustración en el siglo XVIII, continúa con la ideología de Destutt de Tracy y el utilitarismo de Jeremías Bentham, y se extiende con el krausismo en España y el positivismo en Latinoamérica durante la segunda mitad del siglo XIX.

Dentro de este contexto, no son extrañas, aunque sí inquietantes, las conclusiones a que se llegó en el simposio celebrado en Bogotá entre el 14 y el 18 de octubre de 1986, bajo los auspicios del Celam y la Universidad Javeriana, para estudiar la problemática de Dios en la novela de América Latina. El libro que comentamos recoge los trabajos presentados.

Las conclusiones del simposio (y del libro) son las siguientes: Lo divino, para el hombre, es búsqueda, y como tal, está relacionado con la escritura, que también es búsqueda. La pregunta nace en el momento en que el hombre se acerca a su límite; la novela explora tal límite, pero no ofrece respuestas, tan sólo preguntas. La novela latinoamericana se ha ocupado más en negar que en afirmar la divinidad; esto a pesar de que el lenguaje literario, por ser ambiguo, es el que permite abarcar mayor número de inquietudes.

Marino Troncoso, en el artículo introductorio, equipara la indagación divina con los temas frecuentes de la búsqueda del padre y de los mitos de la identidad y el origen, y parafrasea a Lukács para afirmar que la novela crea su propia realidad y es examen de valores auténticos en un mundo degradado. Por eso, la verdadera literatura no rechaza a nadie, y sólo exige de su lector profundidad para comprender desde adentro lo que de alguna manera ya había vivido y pensaba que era incomunicable.

Para un acercamiento a estos temas, podríamos preguntar, quizás: ¿cómo escrutar un texto para encontrar el mensaje divino? La clave nos la dio, hacia 1308, Dante Alighieri. Basado en ciertas tradiciones medievales, y en especial en las enseñanzas de Tomás de Aquino, propuso su famosa teoría de la interpretación en cuatro niveles: literal, alegórico, moral y anagógico.

El literal está ceñido al primero y más evidente significado de las palabras. El alegórico aprovecha la metáfora que hay en todo lenguaje, le da vuelo y viveza al texto y permite sentir la emoción de la poesía. El moral busca enseñanzas edificantes para el

